

hiciera pedazos los piés en el camino, unas sandalias (unos «huaraches» de zuela y correas.)

Ya provisto de todos esos menesteres, el indito Benito Pablo salió de San Pablo Guelatao el 5 de agosto de 1818; el 6 del mismo mes á las cinco de la mañana, partió de Ixtlán recomendado á unos indios que llevaban huacales de huevos y pollos á Oaxaca, y el día 12 del mismo mes y año se echaba en los brazos de su hermana Crisóstoma, que todos los días salía al camino á esperarlo, desde que supo que ya no debería tardar su arribo.

—Ya estás aquí, Benito Pablo, le dijo abrazándolo; mañana veremos de qué manera te acomodo.

Y el muchacho le contestó muy serio:

—No te apures por mí, que traigo mucha ropa, mucho dinero, y mucho bastimento.

El dinero eran seis reales y el bastimento cinco tortas rellenas de frijoles.



CÁPITULO II.

Se cierra el prólogo.

CORRÍA el año de 1834: hacían 16 años justos que el indito Benito Pablo había salido de su pueblo natal, y en estos 16 años había visto desfilarse ya una multitud de acontecimientos notables: se había realizado la independencia, se había elevado un imperio de poca duración, se había fusilado á Iturbide que tuvo la audacia de apropiarse la investidura de emperador, y allí cerca se había fusilado también al último de los héroes de la independencia, D. Vicente Guerrero, á quien sacrificaron ciegos de ambición y de mando, Sánchez Facio, D. Lucas Alamán y el General Bustamante, sirviendo de vil instrumento Picaluga; se había establecido la República de 24 y se habían estado sucediendo toda clase de gobiernos por medio de pronunciamientos militares que tenían en constante agitación á los Estados, perjudicando las carreras literarias de todos

los estudiantes de la Nación, que frecuentemente las vieron cortadas por desgracias irreparables de familia. Fué aquella época, desde que el indio Benito Pablo tenía 4 primaveras el año de diez hasta el de 1834, en que reanudamos nuestra relación, como un panorama de fuego y sangre en que se vieron pasar todos los cataclismos imaginables llenos de matanzas, de destrucción, de odios, de tiranías, de maldades, de oprobios, de injusticias, de incendios, de luchas y de atrocidades de todo género. En esos 24 años perecieron en el patíbulo millares de mexicanos, entre los que se encontraban los nombres de Hidalgo, Allende, Matamoros, Morelos, etc., etc., y en ese mismo tiempo se vió perdida varias veces la causa de la independencia, y otras tantas renació de sus propias cenizas, hasta llevar su bandera triunfante el año de 21 al palacio de los virreyes.

En ese año de 1834, reinaba, á lo menos en Oaxaca, una aparente tranquilidad, y el día á que nos referimos, desde muy temprano se vió á dos *viejos mozos* sacudir y barrer con empeño los estrados del tribunal, mientras que otro empleado de mayor categoría veía si el dosel de antiguo terciopelo carmesí estaba sin polvo y bien puesta el águila dorada en el centro, arreglando á la vez los tinteros, las plumas y los sillones, para que cada cosa estuviera en su sitio y no fueran los señores magistrados á hacer algún extrañamiento, principalmente el Presidente, que era un letrado de muy pocas pulgas.

Cuando todo estaba bien regado, bien barrido y bien sacudido, el escribano mandó que se cerrara la puerta del salón hasta nueva orden.

—¿Pues qué hay aquí ahora? preguntó al secretario de acuerdos un viejo escribiente, que al pasar para su oficina, había notado aquel inusitado movimiento.

—¡Qué ha de haber! contestó el secretario guiñando los ojos de un modo particular, que vamos á tener un examen famoso.

—Famoso, eh?

—Ya lo creo. Se le va á dar el título de abogado á un indio que ha dado mucha chispa.

—¿Qué indio es ese?

—Se llama Benito Juárez.

—No lo conozco.

—Nadie lo conoce en Oaxaca, más que los catedráticos del Instituto, los que han quedado hace cinco días asombrados con el acto que sustentó.

—¿De veras?

—Fué el examen general á que se le sometió, y cinco abogados de los más notables le han estado haciendo preguntas por más de dos horas, y á todas ha contestado de un modo brillante, distinguiéndose así en el derecho canónico, como en el civil y de gentes.

—¡Cáspita!

—Sí, señor mío, y es la persona de quien se trata un indito, un pobre, que al verlo cualquiera, no ofrece por él ni cuartilla.

—Tanto así...?

—Muy humilde, muy obscurito de color, muy poca cosa como particular; pero sabio como un Cicerón.

—Ah! ya comprendo! ahora viene á sufrir el examen de pura ceremonia en el Tribunal.

—No, señor, no de ceremonia, porque los magistrados se han estado preparando, temerosos de que vaya á trepárseles encima.

—¡Cómo!

—Esto es: temen que estando tan aventajado como

dicen, así en la teoría como en la práctica del derecho, vaya á dejarlos patitiosos con alguna inesperada contestación. Ha estudiado, se ha preparado mucho; ha leído más de cien libros y más de doscientos expedientes; ha pasado los días y las noches dilucidando las cuestiones más difíciles y más intrincadas, de modo que su examen público de las aulas, fué de los más lucidos.

—Yo había oído decir que ya el examen del tribunal era solo de *poteforme*.

—Pues no señor: ahora va á ser un examen en toda regla y están dispuestas á venir todas las notabilidades del foro, á cuyos oídos ha llegado la fama del sustentante.

—Vaya! pues me voy á convidar á mis compañeros de oficina.

—Sí, que vengan todos: vale la pena.

Y diciendo esto, el oficinista se fué por un lado y el escribano por el otro, este último á preparar los papeles que debía llevar al acuerdo extraordinario del tribunal.

Cuando dieron las nueve, empezaron á llegar algunos señores de barba blanca, de aspecto muy grave, vestidos de negro, entre los que había unos con levitones que les llegaban hasta las corbas. Unos eran los magistrados; otros eran los miembros de la curia, los demás eran los amigos ó simpatizadores del candidato.

Después que los letrados se dirigieron saludos muy ceremoniosos, empezaron á ocupar sus asientos: unos arriba de la plataforma, debajo del dosel; esos eran los magistrados; otros abajo de la barandilla, esos eran los abogados practicantes, hasta una media docena. También llegaron como otra media docena de curiosos.

El Presidente se arrellenó en su sillón, y después de esparcir una mirada indagadora en torno del salón, tocó la

campanilla. El escribano corrió á ocupar su puesto detrás de una mesa pequeña, á la izquierda del estrado.

—Se abre la sesión extraordinaria del Supremo Tribunal de Justicia, dijo el Presidente con voz estentorea.

Y en seguida, á una seña suya, se levantó el escribano de diligencias y fué á traer al candidato que se había quedado en la Secretaría, esperando á que se le llamara.

Cuando entró en el salón no produjo sensación ninguna. Ya se le conocía por algunos; pero los que no lo conocían, lo esperaban de mayor talla, de más lucida apariencia. El que se sentó en el banco que designó el escribano, dando frente al tribunal, era un indillo insignificante, vestido de negro. Notaban los pocos concurrentes, como que se le despegaba la ropa al examinarlo.

—Señor Benito Juárez, dijo el Presidente, comienza el examen.

Y como Benito Juárez se levantara de su asiento medio aturdido, el Presidente tornó á decirle bondadosamente:

—Sentado, sentado.

El examen comenzó en efecto, por el primer magistrado de la izquierda, que con voz muy hueca preguntó:

—¿Qué entiende usted por jurisprudencia, Señor Juárez?

El Señor Juárez dió la definición aprendida en el Serena, pero agregando de su cacúmen algunas explicaciones.

El magistrado siguió menudeando las preguntas que traía preparadas, y los demás magistrados siguieron dirigiendo un verdadero fuego graneado al candidato, que contestó á todas sereno, sin que un solo músculo de la cara se la alterara, sin cambiar el tono de la voz, como una tuerca que da vueltas ó como el acompasado golpeo de las olas.

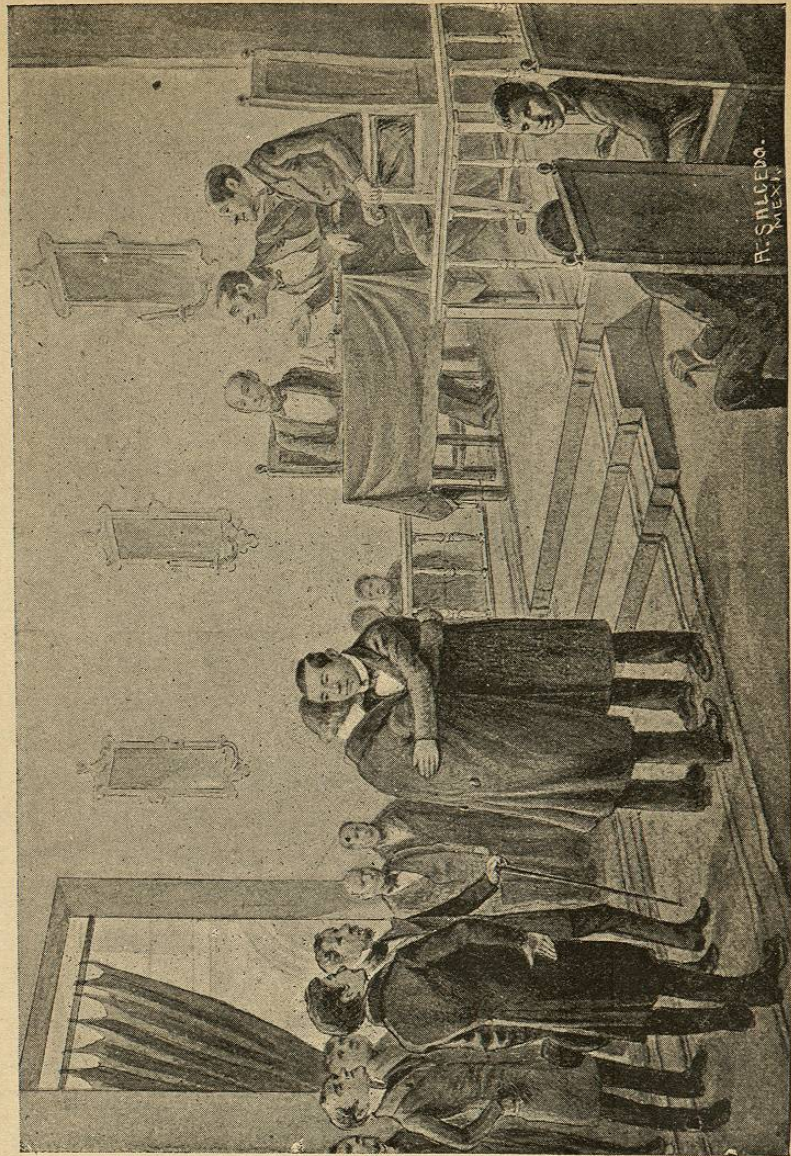
El Presidente preguntó al último con suma habilidad respecto de cánones: el examinando contestó con más tacto que si hubiera sido un obispo, y al decir el primero «Muy bien,» dando por terminado el examen, un aplauso moderado resonó en el salón dado por los seis curiosos ó amigos del candidato, el cual se salió para dejar á los magistrados en libertad de echar sus bolas negras y blancas.

Todas las bolas fueron blancas y no sólo la votación unánime dejó á todos satisfechos, sino que más asombro causó que el Presidente del Tribunal, que era de carácter agrio y altivo, llamara á Benito Juárez y le diera un abrazo.

El secretario dijo á uno de sus amigos por lo bajo:

—El indito de Guelatao tiene la túnica de Cristo. En veinte años, es él la primera persona que abraza el Presidente.

Cuando Benito Juárez salió á la calle, allí se encontró á su hermana Gerónima con diez personas más, amigos y parientes, que esperaban al nuevo abogado para llevarlo en triunfo á su casa.



—El indito de Guelatao tiene la túnica de Cristo, dijo el secretario.